

—Ya ve V.: ¿quién habia de decirme que una especulacion cimentada en tan sólidas bases, que una casa como la mia habia de venir á ménos, á ménos y perderse por completo?... Es claro, yo no me ocupé mucho en dar carrera á mis hijos, porque, sino hubiera sido por aquellos pícaros, que me comprometieron en aquella especulacion... en fin, ¡cómo ha de ser! Ya ve V., el uno tiene veinte y tres años, y el otro veinte, y hay que ver cómo los coloco.... no se han de poner á escribientes ó á dependientes en alguna casa de comercio, siendo ellos de una casa como la mia...

—Pues no veo por qué no habian de dedicarse á esa honrosa profesion.

—¡Calle V., hombre! ya ha visto V. lo que á mí me ha sucedido.... Nada, nada, si los puedo colocar, ellos se abrirán camino....

—¿Qué va V. á hacer del chico, doña Tomasa?

—A ver si don José, que tiene tan buenas relaciones y que es padrino suyo, me le coloca en una oficina. Yo no le puedo dar carrera, y no le he de ir á poner á que aprenda un oficio, cuando en mi familia nadie ha tenido nunca necesidad de eso, y aunque estoy ahora tan mal, ya ve V., ¿qué dirían sus tios y todos sus parientes?

—¿Y cómo esos tios no le costean una carrera?

—¡Ah! eso, nó, señor; ellos lo que quieren es conservar el lustre de la familia.... y ya sabe V. que no los veo ni los oigo; pero si supieran eso, puede que vinieran á recogerme los papeles de nobleza que te-

nemos ahí, en el cofre, y á obligarme á mudar de nombre y apellido.

—Pues, amiga, tiene V. unos parientes, que son tontos de capirote.

—Voy á ver si le coloco en Palacio ó en algun ministerio.

—Bien hecho; he ahí un chico, á quien se condena á vivir estrechamente, porque tiene un apellido que fué ilustre....

—¿Con quién se casa Teresita?...

—¡Qué suerte! ¡Si vieras cómo está de hueca la madre!... Se casa con un hombre muy formal, y que habrá sido un buen mozo.... ya tendrá sus sesenta años; pero tiene 40,000 rs. de sueldo.... y lo ménos le quedarán de viudedad á Teresita 10,000....

—¿Y cómo ha roto con aquel escultor tan guapo con quien estaba en relaciones?

—Ya ves tú.... la escultura está muy mala, y luego hay que mirar el porvenir....

—Diga V., vecina ¿han cerrado el almacén de ahí enfrente?...

—Sí, ya hace días.

—Pues ¿cómo?... ¿Ha tronado D. Joaquin?

—Nó, señora, es que ha conseguido un empleo.

—¿Otra vez está V. cesante, D. Ramon?

—Sí, señor, otra vez me he quedado á pié.

—Lo siento.... Es una picardía....

—Nó, señor, nó, es lo que yo merezco. Figúre-

se V. que á estas horas podia yo tener la tienda de ultramarinos que tuvo mi padre, y no la tengo porque la traspasé.... no tenia costumbre de estar detrás del mostrador y me parecia que se me iba á caer alguna venera, aunque no tengo ninguna.... Conque quien bien tiene y mal escoge, del mal que le venga no se enoje....

—En eso tiene V. razon.

—Señor Manteca, ¿y el hijo?

—Hoy he tenido carta de él, pidiéndome dinero.

—¿Está en Madrid?

—Sí, señor, allí ha ido á estudiar, se lo he enviado á don Fermin, el diputado que votamos aquí siempre, para que esté á la mira á ver si le saca un destino.... Pero amigo, allí en Madrid cuesta un ojo de la cara vivir.... ¿Sabe V. cuánto me pide el muchacho para que no se rian de él?.... Pues dice que necesita cada mes mil y quinientos reales.... Ya ve V. si tengo que vender manteca, y jabon, y embutidos, y vino, y trigo para reunir eso.... Y no hay más remedio, porque él no ha de ser ménos que los demás, y si al cabo le dan el empleo. ..

—Adios, D. Emeterio.

—¡Hóla! ¿sale V. de las oficinas?

—Sí, señor, ando ahora viendo cómo consigo mi clasificacion, y hay que dar tantos pasos.... Crea V. que estoy aburrido.... Figúrese V. que no me quieren reconocer mas que veinte años de servicios.

—Yo creo que le reconocerán los servicios que de-

ban reconocer.... V. es más moderno que yo, y yo no he servido todavía veinte años.

—Bien, pero yo quiero que me reconozcan los años que estuve estudiando, y además....

—Sí, le deben á V. reconocer todos los años que hace que está V. en el mundo, los nueve meses que estuvo V. en el vientre de su madre, y casi casi desde que eran novios su madre y su padre de V... ¡Vaya! que V. se divierta.—¡Es mucho afán este de que todo el mundo ha de vivir á costa del Estado!

—Adios, hombre. ¿Y tu padre?

—Bueno.

—¿A dónde vas?

—Al Colegio, estoy estudiando para médico.

—¡Hombre! muchos médicos hay y casi todos tienen que ir á servir un partido por poco más que nada y á sufrir mil disgustos.

—Sí, pero dice mi padre que en acabando la carrera me buscará un destino del Gobierno.

—¡Ah! ¡ya! entónces podías excusarte de ser médico.

UN SUEÑO.

La otra noche llegué yo á un pueblo, que no sé cómo se llama, que no sé dónde está, á un pueblo magnífico, cuajado de soberbios edificios, entre los cuales descollaban una preciosa imponente catedral, un gran teatro nacional, una cárcel de severa apariencia, y además de estos edificios habia extensos, limpios, anchos, magníficos mercados, fuentes monumentales, vistosas plazas con estátuas de Colon, Isabel la Católica, Velazquez, Murillo, Cervantes, Quevedo, Calderon, Lope, Tirso de Molina, Santa Teresa, Fray Luis de Leon, Cisneros y otros personajes eminentísimos, honra y gloria de España.

—¿Qué país es este? ¿Cómo se llama esta maravillosa ciudad? pregunté á un transuente.

—Esta hermosa capital, me dijo, es Madrid. ¿Es V. tonto que no sabe á dónde viene?

—Creo que tonto me cree V. cuando cree que he de creer que estoy en Madrid....

—Pues ¿dónde cree V. estar?

—No sé dónde, porque esto es para mí completamente desconocido.

—Pero V., ¿de dónde viene?

—De Madrid.

—Mire V., allá abajo, tomando toda la calle de árboles, á lo último, hay un magnífico manicomio, que es la envidia de todas las capitales de Europa.... Vaya V. allá, preséntese al Director, dígale V. que viene de Madrid y que no cree V. que está en Madrid, y ya tiene V. casa y comida seguras, y buen trato afable y cariñoso.

—Pues mire V., le contesté, puede que tenga V. razon y sea yo loco de remate, porque en Dios y en mi ánima juro á V. que anoche salí de Madrid....

—¿Hombre!

—No lo recuerdo bien, pero creo que salí huyendo deseoso de no oír ni ver á nadie, de no saber nada, de no leer periódico alguno....

—Caballero, no tiene duda, yo lo siento mucho, pero está V. loco, ha perdido V. la chaveta....

—No es raro, porque aquel Madrid es para volver loco al hombre de más seso y juicio, y sobre todo á mí, que nunca he tenido mucho juicio, al decir de mi mujer y de mis acreedores... Tiene V. razon, estoy loco; y, mire V. lo que son las cosas, me alegro, porque para poco juicio más vale ninguno.... Mi sitio es la casa de locos, ese manicomio modelo que dice V. que hay aquí; pero ántes de ingresar en ese benéfico asilo, quisiera ver este pueblo, quisiera conocer sus costumbres....

—No tengo inconveniente en acompañar á V. sirviéndole de guia.... Por supuesto que, aunque esté V. loco, que si lo confiesa no debe estarlo mucho, no tendré nada que temer de V., ¿no es verdad?

—¡Oh! nó, señor; yo soy un loco inofensivo.

—Y despues de todo, lo mismo me da que sea V. inofensivo ó no lo sea, porque como llevo conmigo un palo muy gordo, si le diera á V. algun ataque y V. quisiera dármele á mí, le pego á V. un garrotazo que le deslomo, y en paz.

—Perfectamente, admito esa agradable proposicion; me gusta V. por lo franco.

—Aquí somos todos así, gente sencilla, franca, hospitalaria, servicial, caritativa... Estas buenas cualidades no las hemos perdido nunca los madrileños....

—Diga V., ¿será V. el loco y yo el cuerdo?

—Dejemos esa cuestion, y vamos á aprovechar el tiempo. ¿Quiere V. venir al Congreso de diputados?

—¡Hombre! nó, no me gustan esas enfadosas interminables cuestiones personales, ese tiroteo de pullas, y dimes y diretes, y dares y tomares....

—¿Qué está V. diciendo? En nuestro Congreso no se oyen mas que voces elocuentes, patrióticas, de claros hidalgos varones, que cada dia hacen un bien al país, y que no se ocupan mas que en mejorar la condicion de la industria y el comercio, proteger las artes y desarrollar grandemente la riqueza pública, que es, gracias á ellos, cada vez más importante y más envidiada del mundo entero.

—Entónces, si es como V. dice, vamos allá.

Y fuimos.

El edificio, exterior é interiormente, se parecia mucho al Congreso de hoy....

Los bancos estaban llenos de diputados, todos graves, sérios, silenciosos.

Hablaba uno de ellos con reposado tranquilo acento, sin voces ni manoteos, y los demás le oían con profunda atencion. Por lo que pude colegir, tratábase del establecimiento de nuevas casas de Beneficencia. ¡Qué bien pintaba la amargura de los pobres! ¡qué elocuentemente encarecia la gratitud que sentirian en sus corazones los ancianos inutilizados, los niños húerfanos, las madres abandonadas al verse libres de la miseria, con alimento sano y saludable abrigo!..

Todos le aplaudieron, y levantóse un ministro á decir que inmediatamente se establecerian casas de Beneficencia como no las tenía ningun pais del mundo.

Luego se levantó otro ministro y leyó un proyecto destinado á premiar las obras del ingenio más notables que se habian publicado en el año, obras científicas unas, recreativas y morales á la vez otras, y dramáticas otras, y otras líricas.

Todos los diputados votaron este proyecto.

Luego se trató de hacer imposibles los engaños y los fraudes en las Sociedades de crédito; luego tratóse de ajustar las cuentas y poner derecho al Banco, que estaba, á lo que parecia, un poco torcido; y por último, se votó por unanimidad una magnífica ley de vagos, que destruía para siempre esta polilla de la sociedad, haciendo imposible que uno fuera vago más de un dia, porque el dia siguiente al de empezar á ser

vago, la autoridad le haría trabajar por fuerza, si no prefería trabajar de grado; y si no se le podía ni á la fuerza hacer trabajar, sería enviado á una casa donde se aburriría seguramente de no poder jugar á las chapas ni al cané ni aprender malas mañas, y tendría que apechugar con el trabajo, á no preferir morirse de fastidio.

Sali encantado de aquel Congreso, donde no oí ninguna recriminacion, donde el público de las tribunas guardaba la mayor compostura, y donde tranquila, pacífica, amistosamente se hacía la felicidad del país.

Pasábamos por una calle parecida á la Carrera de San Gerónimo, cuando oí pregonar un periódico, y al momento llamé al vendedor y le tomé un ejemplar, que mi acompañante pagó dando una peseta por él, señal de que el dinero estaba muy abundante y de que los periódicos eran más apreciados que hoy, que por dos cuartos y que no faltan nunca pedimos á Dios los periodistas, se venden á voz en grito, y aun hay gentes sin corazon que no los compran.

Era un periódico bastante grande, que en todos los números, por lo que ví en el que tenía en la mano, además de los materiales amenos y variados de su redaccion y propiedad, reunía y copiaba los artículos políticos de fondo que habian publicado el dia anterior los periódicos más importantes.

En verdad que pasé agradabilísimo rato con la lectura de aquellos artículos de fondo, todos medidos, profundos, llenos de grandes verdades, de provechosos desinteresados consejos al Gobierno, de gran-

des pensamientos sobre Hacienda, sobre Marina, sobre industria, sobre todo lo que interesa al país. ¡Qué lenguaje tan patriótico y templado y digno! Nada de burlas y personalidades, nada de amenazas, nada de palabras vanas. Recorrí luego las demás secciones del periódico, y no ví noticias de crímenes horrorosos, ni retratos de criminales *simpáticos*, ni escandalosas noticias de hechos vergonzosos de la vida privada, ni chiste alguno inmoral; hallé, en cambio, artículos de crítica literaria razonada y justa, cuadros festivos ridiculizando vicios y malas costumbres, biografías de hombres eminentes, ejemplos de virtudes cristianas, bellas poesías, y, en fin, una infinidad de noticias útiles, de inventos, de literatura, de artes, sin *bombo*, sin exageraciones.... Lo que más me chocó fué que no traía noticia alguna de nombramientos y cesantías.

Pasábamos por delante de un gran edificio, cuando me dijo mi acompañante que tenía que subir á ver si le habían despachado un asunto cuyo expediente se había empezado hacía dos días, con lo que dicho está que aquel edificio era uno de los Ministerios.

—¡Hombre! le dije, es inútil que suba V., porque si el expediente se ha empezado hace dos días, en seis años, lo ménos, no estará resuelto el asunto.

—¿Qué sabe V. de eso? me contestó mi hombre sin hacer caso de mi observacion.

Y subimos. Todos los empleados estaban en sus puestos, todos trabajando. Los porteros nos recibieron afablemente, saludándonos con la mayor cortesía; los empleados, desde el ministro, que era un buen hombre, muy modesto y muy franco, hasta el último es-

cribiente, dieron á mi hombre todos los datos y detalles que solicitaba, todos los que habian de firmar los documentos que acreditaban la resolucion del asunto de aquel caballero los firmaron inmediatamente, y ambos salimos encantados de lo bien y activamente que se trabajaba en las oficinas del Estado.

Llamóme mucho la atencion la solidez y la igualdad del empedrado, y pregunté á mi guia en qué consistia aquel prodigio.

—Es muy sencillo, me dijo; en que el empedrado se hace bien; así es que dura, como lo ve V., diez y doce años, y no hay necesidad de estar empedrando y desempedrando y volviendo á empedrar todos los dias.

Tambien me chocó no ver corrillos en las calles, gentes tomando el sol é interceptando el paso; pero mi acompañante me dijo que eso no se usaba, que todo el mundo tenia que hacer y cada cual iba á sus negocios y nada más, exceptuando los dias festivos, en los que se iban las gentes al campo á exparcirse, á tomar el aire, y ensanchar los pulmones, y echar una cana al aire, comiendo sobre la verde yerba, en familia.

Entramos en un café.... ¡qué amabilidad en los mozos! ¡qué esmero en el servicio! ¡qué limpieza! ¡qué café tan rico y tan poco parecido al que toman VV. en los cafés de Madrid! ¡qué leche tan pura!... Y la gente entraba en el café, tomaba lo que le parecia, y en seguida á la calle, á seguir cada cual su camino.

—Lléveme V. á una casa de juego, dije á mi acom-

pañante, ya que todo está aquí tan bien montado, á ver si puedo dar tres golpes á un duro que llevo aquí...

—¡A una casa de juego! repitió furioso mi hombre; agradezca V. que no tengo mala intencion y conozco el lastimoso estado de su razon, que si no ahora mismo le llevaba á V. donde le enviaran á la cárcel por conatos de jugar....

—¡Qué! ¿no se juega aquí?

—¿Aquí?... ¡Jesús! ¡qué vergüenza! Ni la autoridad lo consiente, ni nadie quiere que encima le caiga la infamia que cae sobre los que se dan á tan feo vicio.

—Pero hombre, en mi patria juega todo el mundo, hasta los más encopetados señorones, y no pierden por eso nada mas que el dinero, si no lo ganan.

—Porque en su país de V. habrá una sociedad perdida, desmoralizada, desvergonzada y holgazana..... Aquí no hay más juego ni más medio de medrar que el trabajo. Eso sí, al que trabaja todos le ayudan, todos le consideran, el Gobierno el primero, todos le respetan y todos le miran como á un verdadero patriota, que patriota es el que trabaja por engrandecimiento de su patria, no por su ruina. Y tanto como aquí se respeta al que trabaja, tanto se desprecia al vago, holgazan, sea quien quiera, ya pertenezca á la clase más elevada ó á la más pobre. Aquí no se usa pedir destinos, porque no se le quita á nadie el que ha ganado; aquí no hay más pobres que los niños huérfanos y los ancianos imposibilitados de trabajar, y esos no son pobres, porque el Gobierno es su tutor y la nacion su madre; en fin, aquí trabaja todo el

mundo, y al que no quiere trabajar se le cierran los caminos del vicio, del robo y de la estafa, y no tiene más remedio que seguir el único que á nadie se le cierra, que es el del trabajo.

—Diga V., y la usura, ¿cómo está aquí organizada?... ¿Cuántas onzas me llevarian por diez duros?....

—¡La usura! aquí no se conoce eso; á quien prestara dinero á más del 6 por 100, le llevarian á presidio; y además, como todo el mundo trabaja, como todo el mundo se contenta con lo que tiene, se hacen muy pocos préstamos.

—Y las casas, ¿están caras?

—Nó, señor, hay casas para todas las fortunas; pero el casero se contenta con sacar un 6 ú 8 por 100 á su capital; así es que la gente pobre vive muy ricamente en cuartitos cómodos, limpios y sanos.

—¿Y las costumbres?

—Las costumbres no tienen nada de particular; todo el mundo respeta y practica la religion; los casados viven en paz y gracia de Dios; los hijos respetan á sus padres, y todo el mundo cumple con las obligaciones de su estado. Hay excepciones, hay quien se olvida de sus deberes; pero en el desprecio con que se le mira y trata recibe un castigo proporcionado á su falta. A la casada que se tuerce aunque sea más bella que Vénus, nadie la mira á la cara y queda aislada en la sociedad, y al marido calavera se le cierran todas las puertas, y es preciso que se arrepientan y prueben su arrepentimiento para que se les mire con piedad. Desengáñese V., amigo mio, aquí todo el mundo anda derecho, y al torcido se le

endereza, si se puede, y si no se le inhabilita completamente para hacer daño ó torcer á los demás. Aquí hay libertad completa, absoluta para el bien, pero ninguna para él mal. Desde el primer ministro hasta la última criada de servir, todos cumplen con su deber y se contentan con lo que tienen, que siempre tienen lo que merecen. En fin, todos nos respetamos y todos estamos animados del amor á la patria y del deseo de engrandecerla y hacerla fuerte y respetable.

—Pero hombre ¿qué país es este?..

Y no oí lo que me contestó aquel hombre, porque me despertó la voz bronca, aguardentosa de una mujer que venía ;*La lista grande!* ;*La lista grande!*

¡Ay! solo en sueños se ven y se saben tan buenas cosas.

CALLAR.

Parece que no hay nada más fácil que estar callado, toda vez que no se necesita hacer otra cosa que no hablar.

Y en efecto, callar es muy fácil, pero no hablar es lo más difícil que hay en el mundo, á no ser para el que tenga la desgracia de ser mudo.

Diga V. á una mujer:

—;Calla!

Y es lo mismo que si la dijera V:

—;Habla!

Y sin embargo, callar es ser prudente, y la prudencia es la que en el mundo contribuye más á la paz y á la amistad entre los hombres; es decir, contribuía, porque la prudencia es una de las virtudes que hace mucho tiempo ha mudado de domicilio y nadie sabe dónde para.

Si la prudencia rigiera los destinos del mundo,

¡cuántos males se evitarían! La guerra sería una antigüalla de la que no se hablaría ya mas que en historias y romances, y el que inventara un fusil de aguja, ó un cañon rayado, ú otro de esos instrumentos de guerra que son obra del demonio, se comería los codos de hambre, porque su invencion sería completamente inútil, no teniendo ninguna aplicacion,

¡Pero sí, sí, buenas y gordas! ¡Bonitos somos los hombres para ser prudentes! Empiecen VV. por considerar que no nos podemos ver unos á otros, y acaben por convencerse de que todos tenemos la misma dosis de vanidad, sin tener nada en qué fundarla, y hagan VV. el favor de decirme si puede así haber prudencia en el mundo.

Háganme VV. tambien el favor, ya queson VV. tan amables, de pensar qué paz tan octaviana habria en el mundo si todos callásemos, aplicándonos cada cual á nuestro oficio, sin meternos en los del vecino.

¡Pero qué hemos de callar?... Si se nos obligara á callar, es seguro que reventaríamos.

Lo mismo que sucede, pongo por caso, en la vecindad de una casa particular, sucede entre las naciones. En una casa particular, el no callar produce escándalo, insultos, murmuraciones y alguna que otra bofetada de cuello vuelto; entre los Estados, el no callar produce guerra, muertes, desolacion, ruina y el triunfo de los fusiles de aguja ó de los cañones rayados, que es como si dijéramos el triunfo de la barbárie, porque ni padres descálzos me harán creer que la guerra no es una barbárie, impropia de las pretensiones de civilizado que tiene este siglo.

Si las esposas callasen algunas veces, ¡cuánto ganaría la tranquilidad del hogar doméstico!

Si un marido deja hablar á su mujer, y calla, y sufre, se le llevarán los demonios, pero en su casa no habrá escándalo. Es verdad que al que calla, cuando le pinchan, se le pudre la sangre; pero ejerce una gran virtud, y siempre tiene más razon el que calla no debiendo callar.

El que por la calle va callado, evita muchas eventualidades, que sería muy largo ir señalando. Lo mismo digo del que calla en el teatro, en el café, en todas partes.

De un hombre que calla, nunca se puede formar mal juicio de pronto, como se forma en seguida de un hombre que habla y dice mil tonterías y desatinos.

Un hombre puede pasar por sábio mucho tiempo sin dar otra señal de su sabiduría que callar, ó decir sí ó no, ó ¿qué se yo? Pero este hombre llega á creer efectivamente que es sábio, y un dia habla, y aquel dia pierde su reputacion para siempre.

La cualidad que ménos se disculpa en una criada, es que sea respondona, por aquello de que todos queremos hablar gordo á los demás y no sufrimos que él nos hable gordo á nosotros. Una criada que tiene por costumbre callar, que no cuenta que recibe cartas perfumadas para el señor y papelitos para la señorita, ni publica que la señora debe en tal ó cual tienda, y que al señor le citan cada lunes y cada martes, y que en la casa se come poco y mal, y la señora, y el señor, y la señorita y el señorito estan dados á los mismos demonios, ya puede estar segura de que hará

en la casa donde sirve su santísima voluntad, y de de que se le dispensará cualquier faltilla, como la de encontrar todas las cosas que compre más caras de lo que están, y tardar en los recados, y tener cuatro ó cinco novios de tropa y paisanos.

Se busca á los habladores, solo por oír hablar mal del prójimo, que los habladores rara vez hablan bien de nadie, y por ese gran instinto de curiosidad que tenemos todos, que siempre estamos ansiosos de saber lo que le importa al vecino, descuidando acaso el saber lo que á nosotros mismos nos importa; pero no hay hablador de quien no se diga que lo es, y se le moteje por ello, llamándole mala lengua y otros dictados pocos lisonjeros.

La opinion que más se desea saber sobre cualquier asunto, es precisamente la de quien no la dice.

Los requiebros y galanterías que más le halagan á una mujer, son los del hombre que no dice fácilmente cosas de esas. Los que prodigan ternezas é hipérbolas amorosas, llegan á causar poquísimo efecto.

Un amante discreto consigue más favores que el indiscreto, vano y presuntuoso. Este contribuye á que la mujer liviana aparezca más liviana todavía, y hace poner en tela de juicio el honor de la mujer más honrada.

Un diputado que no habla es tan importante para el Gobierno ó para la oposicion, como uno que habla por los codos. A veces un *no* ó un *sí*, tiene más consecuencias y más valor que el discurso más enérgico y convincente.

En un viaje en ferro-carril, siempre hay en cada

departamento uno que habla como un descosido, y cuenta todo lo que sabe y lo que no sabe, y no se duerme, y da lecciones de geografía y de historia antigua y contemporánea á quien no se las pide, y refiere sus viajes y toda su vida y milagros; primero se le atiende, luego se le oye como si se oyera llover, y por último, todos sus compañeros de viaje se duermen y le dejan con la palabra en la boca.

¿Y las indiscreciones que comete el que habla mucho?...

Como habla por hablar, como necesita estar hablando siempre, como no tiene tiempo de pensar lo que habla, se le escapa á lo mejor lo que debia callar, y arma un lio en un momento, ó él mismo se expone á lances desagradables. Uno de esos que hablan á ton-tas y á locas de todo el mundo, sin ver quiénes son los que los oyen, está siempre expuesto á encontrarse con que le acarician la cara cinco dedos.

Y háganme VV. el favor de decirme si hay más triste situacion en el mundo que la del que, delante de gente, es desmentido de una manera tan suave.

El podrá batirse, si no es cobarde,—que siendo hablador tiene mucho adelantado para ser un mándria;—pero aunque se bata como un leon, nadie le podrá quitar la bofetada ni la fama de embustero.

Hablar del prójimo es lo que necesita más tino y circunspeccion; de la prójima no se debe hablar nunca, á no ser para hablar bien, con lo cual, además de ser galante con un sexo que merece esa y cien mil galanterías, se adquiere fama de discreto entre los hombres.

El que con poca ó ninguna razon habla mal de una mujer ó de todas las mujeres, no comprende lo miserable que es quien tal hace hasta que un dia oye hablar mal de su hermana ó de su madre.

Cuando no se puede humanamente disculpar al prójimo, lo que se debe hacer es callar.

Cuando no se tiene seguridad de que lo que se va á decir es verdad incontestable, más vale callar.

Cuando se trata de una cuestion ajena, en la que no entramos ni salimos, bueno es callar, porque si damos un parecer que no es acertado, podemos embrollarla más; y si damos á uno la razon contra otro, éste nos considerará imprudentes é intrusos, y ¿qué necesidad hay de ponerse mal con nadie?

El silencio es el recurso más socorrido en todas ocasiones.

¡Apénas se puede decir mucho callando!

En ocasiones, ninguno dice hablando cosas tan graves como el que no dice una palabra.

Quevedo tiene razon, diciendo en estos ó parecidos versos:

«Alto silencio profeso,
no quiero, amigos, hablar,
porque á nadie por callar
se le ha formado proceso.»

Ya lo saben VV., señores: hablar es muy fácil: hablar no cuesta sacrificio alguno; hablar es la comidilla de la humanidad; hablar no supone ciencia; pero no hablar, no hablar es lo más difícil, es para lo que

más fuerza de voluntad se necesita, es lo que saben hacer muy pocos, es lo que más dice, lo que más significa.

Y además, en boca cerrada no entran moscas, y al buen callar llaman Sancho, y al buey por el asta y al hombre por la palabra, y por la boca muere el pez, y quien calla otorga, digo, nó, porque quien calla no dice nada, y á callar tocan.

DIÁLOGOS NOCTURNOS.

EN LA CALLE DEL ARENAL (*Camino del Teatro Real*).

—Hoy he renovado mi abono, chico.... Dos mil reales me lleva D. Matías Iscariote por mil que me ha dado.

—Pero chico, te estás empeñando hasta los pelos.

—¿Qué quieres?.... Es preciso deslumbrar á la familia de Dolores...

—¿Al fin te decides á casarte con ella?

—Para eso estoy conquistando á la madre y al padre... Ya ves, cuarenta mil duros de dote y un destino que me sacaría el padre....

—Pero hombre, si es tan fea....

—Cada vez más, chico; y tonta, y celosa, y tierna.... Si nos casamos se va á divertir la pobre.... Pues no creas, que tan fea como es, lo ménos hay diez que le hacen la rueda.... Pero ella está muerta por mí....

—Niñas, no vayais tan delante....

—¿Has avisado á Luis?

—Sí, le escribí esta mañana y le dije que no dejase de buscar á Juan y que estuvieran los dos á la hora de empezar la funcion en la puerta de la derecha del Paraiso....

—Ya quedé yo con Juan en que se sentarian al lado nuestro: á tu lado Luis y á mi lado Juan, y mamá en medio....

—Mamá se dormirá como siempre....

—Juan está empeñado en que esta noche nos han de acompañar los dos....

—Tambien Luis quiere eso.... Y él es muy capaz de hablar á mamá.

—Calla, si ya tenemos Juan y yo dispuesta la escena... Mira, al bajar del Paraiso, yo haré en la escalera como que me tuerzo un pié y me caigo, y Juan, que vendrá con Luis junto á nosotras, me sostendrá, y me dará la mano, y me cojerá en brazos.... yo me asustaré mucho y tú tambien, y Juan y Luis nos llevarán á beber agua con unas gotas de azahar....

—¡Ojalá salga bien! Así irán los dos todas las noches á casa....

—¡Eh! ¡niñas! ¡ese coche! ¡Jesús! con vosotras lleva una el alma en un hilo.

—Chico, esta noche silbamos al tenor.... aquí llevo para eso la llave de la puerta....

—Esta noche silbamos á todos....

—Nos van á quitar la entrada gratis.

—Nó; ¡flojo escándalo le armaríamos entónces al empresario!

—A mí me gusta mucho una silba.... No hemos de parar hasta que no venga nadie al teatro.

—El empresario está perdiendo un dineral.

—Y á nosotros, ¿qué nos importa?

—Caballero, una limosna por Dios, qué hace un mes que no tengo trabajo, y ya estoy desesperado.

EN LA CALLE DE ALCALÁ.

—¿Se va V., D. Gil?.... ¿A dónde?

—A Francia.

—¡Hombre! V. siempre está de viaje.

—¿Qué quiere V? El que tiene que perder.....

—Cuando vino el cólera al momento huyó V....

—Es claro, me parece que lo primero es salvar el pellejo.

—Y ahora, ¿por qué se va V.?

—Porque.... ya sabe V.... ¡Calle! allí va un piquete.... ¿Suenan tambores?

—¿Qué han de sonar?... Parece que tiene V. miedo..

—Nó, hombre, nó; pero ya ve V., como uno tiene que perder....

—¡Qué temprano has salido hoy del obrador!... Casualidad ha sido que tambien haya venido yo más temprano.

—Es que la maestra estaba deseando cerrar, porque como andan esas voces....

—¡Anda! ¡anda! no hay nada.

—¿Me has traído los billetes para Capellanes?..

—Sí, toma tres.

—¿Y á dónde me llevas esta noche?...

—Vamos al café de San Ginés, que esta noche cantan.

—¡Jesús! está aquello tan descarado.... Todos se la quedan mirando á una.

—Pues ¡nos iremos al de Bilbao, á aquella salita junto al billar.

—Mejor se está allí.... Y dan las tostadas con mucha manteca, como á mí me gustan.

—

—¡Jesús! ¡que bestia! ¿Dónde lleva V. los ojos?....

—En los piés, señora, tengo dos de pollo, y por eso ando á tropezones.

—Me ha descosido todo el vestido.... Y tú callado.... No he visto un marido como tú.

—Pero hija, ¿quieres que porque te ha pisado el vestido le pegue un tiro y me lleven á la cárcel y os deje perdidos á tí y á los chicos?...

—Si no tienes carácter para nada.... ¡Jesús! nunca me han gustado á mí los gallinas....

—Pero hija, no alces tanto la voz, que es una vergüenza....

—Ven, ven á ver si en este portal me prendo un alfiler en el vestido, que lo llevo todo arrastrando.

—



—Caballero, no se canse V.... Me compromete V. viniendo á mi lado.

—Yo quiero acompañar á V.... Puede haber algo, y quiero morir á los piés de V. defendiéndola contra el enemigo.

—Caballero, por Dios, retírese V.... Mire V. que yo no soy libre.

—A mí no me gustan las mñjeres libres; por eso V. me gusta tanto.

—Vivo muy léjos.

—Hasta Finisterre la acompañaré á V. si es preciso.

—Me está V. comprometiendo.... Mi marido....

—¿Es V. casada?...

—Sí, señor, y mi marido me está esperando en aquella tienda de sedas....

—¿Es comerciante?...

—Nó, señor, es comandante, y es un hombre temible.... No hace muchas noches, á otro caballero que venía, como V., acompañándome contra mi voluntad, le dió tantas bofetadas.... No me siga V., que estamos cerca.... Hágame V. el favor de.... ¡Calle!... ¡ya no viene!... Vamos, lo de las bofetadas le convenció. Es mucho Madrid este, que ha de haber en las calles siempre tanto baboso!...

—Vamos detrás de aquel señorito, que es el que va todas las nochéas á una casa de la calle del Turco.

—Tú le quitas la capa.

—Y tú el reló y lo que lleve.

—A ver si nos estrenamos esta noche mejor que ayer, que aquel caballero con aquel par de pistolas nos hizo correr bien....

—Ya le conozco yo bien al de las pistolas, y si un dia puedo.... y sé dónde vive....

—Caballero, señora, una limosna por Dios, que soy un padre de familia cesante.... ¡Nada! Aunque diga que soy obispo no me darán ni un cuarto. Allí viene un señor muy gordo.... A ver si suelta la mosca.

EN LA CARRERA DE SAN GERÓNIMO.

Si, señor, hay crisis.—El ministerio sale y entramos nosotros.

—¿Volverá V. á su gobierno de 3.^a clase?

—Nó, señor, yo no admito ya ménos que una direccion.

—Y yo otra.

—No quiero ser tan modesto como hasta ahora.... Yo, que he hecho tantos sacrificios por el pais....

—¡Y sin habernos quedado cesantía!...

—Desengañese V., el que se hace de miel....

—Vamos á la Partida de Gilito.

—Llevaremos una vaca.

—Yo quisiera tallar. Necesito diez mil reales mañana, y no tengo mas que cuatro mil que saqué anoche.

—¡Mira, mira, qué sombrero tan bonito!... Ese es el que te dije que me pidieron diez y seis duros.... No es caro, ¿éh?...

—Nó, no me parece caro para otra, pero para tí.... Ya veremos si mejoran las circunstancias....

—Sí, pero la moda de los sombreros pasa en seguida, y como no se compre ahora.... En fin, no creas que yo tengo antojo por él.... En no saliendo de día.... no yendo á paseo, ni á visitas.... no lo necesito....

—Vamos, entra y dí que lo lleven á casa.

—Mira que si no puedes, yo no tengo interés en tenerlo.... Es muy lindo, eso sí, pero ya digo, con estar en casa metida, excuso comprar el sombrero ni otras cosas que necesito.... porque ya ves, para llevar un sombrero así, se necesita un abrigo de terciopelo más largo que el que tengo....

—Bien, bien, lo compraremos todo....

—Yo, como Jacinto tiene ménos sueldo que tú y á su mujer nunca le falta nada y le lleva un sentido la modista.... yo no sé cómo lo puede hacer.

—¡Yo sí!...

—Caballero, ¿me da V. una limosna?

—Dios le ampare á V.—

—Caballero, que nó tengo que comer....

—Que Dios ampare á V....

—Caballero déme V. una limosna, ó....

—¡Eh! ¡municipal!...

—Nó, nó, por Dios, caballero, no llame V. á nadie.... Soy un pobre trabajador, tengo hijos, mujer,

que no comen.... y el hambre es muy mala consejera... V. perdone caballero.

—Tome V., buen hombre, tome V. diez reales, únicos que tengo.... Yo no pido limosna todavía, pero soy tan pobre como V., solo que tengo que aparentar que vivo anchamente cuando no puedo vivir.

—Dios se lo pague á V.... Lo tomo por mi mujer y mis hijos, que si no...

—Hace V. muy bien, yo se lo doy de buena voluntad.

—¿Has visto?... Han nombrado para el gobierno de Getafe á Pepito Rojo, despues de haber estado yo siempre al lado del Gobierno, defendiendo en *El Moscon* la política del Gabinete.

—¿Y qué vas á hacer?...

—Ya verás el artículo de hoy, intencionado, amenazador....

—Bien hecho.

—Me voy con la disidencia y con la independencia....

—¡Es mucha la ingratitud de los Gobiernos!....

—Si puedo hacer una combinacion que traigo entre manos, reuniré el dinero para el depósito, y he de hacer un periódico independiente para echar abajo á todos los Gobiernos. Me tiene hablado de eso D. Antonio.

—¡Ah! ¡sí! el que fué capitán general de....

—El mismo....

—Pues cuenta entónces conmigo, á ver si tambien me coloca luego cuando suba....



EN LA CALLE DE SEVILLA.

—*Oigasté*, señora *oña* Verónica, yo voy por mi camino.

—Podía V. no pisarme el vestido.

—¡Qué lástima! ¡La habré roto *arguna* costilla!...
¿Por qué lleva *osté* esa cola?... ¿Va *osté* á Palacio?...

—¡Jesús! ¡qué tia!...

—¿Es *osté* mi sobrina, cara de tisis?...

—*Ejala*, Juana, que la va á dar un *haciadentro*.

—Mira, Ramona, que la prendera ha ido á buscarte, á ver si la pagas el vestido de *chaconá*.

—Anda, que la den morcilla.

—¡Eh! ¡*so morral*, quítese *osté* de mi vista!... Vete con la Tuerta....

—Pero oye, chica....

—Tengo prisa.... *Oigasté*, ya se me *orviaba*, el *espetor* ha estado en casa á buscarle á *osté*.... Como anoche pegó *osté* un palo á D. Blas, el de la tienda.... Si va *osté* al *Salaero*, no me envíe *osté* recado, que tengo mucho que hacer....

—*Pus* yo he *firmao* ya para Logroño.... Media *onsa* y viaje....

—¡Pero viste ayer al Titi cómo le aturdió el toro!...

—Si es un *gill*....

—*Pus* ya le ha salido contrata para *Seviya*.

—Tiene una *jindama*.... ¡Adios, salero!

—¿Quién es esa?

—La Garbosa, la que hablaba con Canutiyo, que

como el *probe* está aun con aquel *puntazo* que le dió un bicho.... y no se puede mover....

—Las nueve.... me voy, que me espera en el *Suiso* el *marqué*.... ¿*Quies* venir?

—*Vamo ayá*.

—El *chavó* quiere gastarse hoy unos cuartos, y nos da de cenar á mí, á *Espiga*, al *Baratero*, al *Desollado* y á un monton de *cabayeros*.

—¿Y qué hay de *revolucion*?... ¿sabes?

—Chico, *ná*.... yo no ando ya en eso.... De matar toros no hemos de salir....

—Caballero, que tengo á mi padre y á mi madre en el Hospital.

—Quita, chico, quita, que no tengo suelto.

—Mira, chico, que pidas bien....

—Si no me dan, padre.

—No te dan, porque en seguida te vuelves.... Has de pedir llorando, y aunque no te den, sigue, que ya te darán.... Si á las diez no has sacado treinta cuartos, te voy á arrimar una paliza en yendo á casa.... Ya sabes, que tengo á mi padre y á mi madre en el hospital... En la taberna aquella te espero... Mira que yo veo lo que haces.

EN LA CALLE MAYOR (Á LA PUERTA DE UNA SALCHICHERÍA.)

—Mira, Pepa, te lo tengo dicho, tú has de ser mi perdicion.... A tí te gusta hablar con todo el mundo.

—Pues mira, no podrás decir; desde que hablo conti-

go no hablo con *naide*.... Antes, como era libre, no te diré; pero ahora....

—Pues me lo dijo ayer el cabo Lopez; me dijo, dice:

—¿Sabes quién estaba hoy hablando en la Puerta del Sol con un paisano muy feo?...—¿Quién? le dije yo....—Y me dijo:—La Pepa, la que sirve en casa del teniente coronel....

—¡Jesús! pues apenas hace tiempo que no paso yo por la puerta del Sol.... ¡Ah! toma, esta mañana te compré esta cajetilla....

—No creas que por esto.... De tí ni la gloria si hablas con otro.... ¿Es mejor que el tabaco que me trajiste ayer?

—Ocho cuartos y un *chavo* me ha costado; conque no sé....

—Pues no tengo más deseo que verte con otro, porque te vas á acordar de mí.

—¿Quién sabe con cuántas hablarás tú?

—Es diferente... ¿Quieres tú comparar á un hombre con una mujer?... Mira, me tienes que mercar un *af-feletero* y un ovillo de *argodon*, porque muchas veces en el cuartel se me rompe algo, y no puedo cosérmelo porque no tengo con qué....

—¿A dónde vas?... ¿Por qué te vuelves? Pero ¿qué te ha dado?...

—Calla mujer, es que pasaba el capitan Ponce, y se le lleva el demonio cuando ve á un *sordao* con una criada.

—¡Ave María! como si os fuéramos á comer algun pedazo.

—Dice que á los *sordaos* los echan á perder las criadas.... No puede ver á las mujeres....

—¡Valiente espantajo! ¡Ah! toma, que se me olvidaba....

—¿Qué es esto?

—Tres *almondinguillas* del principio de hoy... Antes de llevar la fuente á la mesa, te las aparté de las mejores.

—También me has de comprar un *cuaerniyo* de papel para escribirte.... Hoy iba á traerte una carta escrita diciéndote mi sentir, y no te la he traído porque no habia un mal cacho de papel.... ¿Cuándo sales?

—El domingo me toca.... Me voy á salir de esa casa, porque yo quiero salir todos los domingos y no cada quince dias, como quiere la señorita.

—Pues bien sales todos los dias, porque tú siempre estás en la calle.

—Eso es diferente; salgo porque me mandan; como mi señorita lo tiene todo por junto.... en la tienda, á cada momento tiene una que bajar por las cosas que faltan.

—Y cada vez que sales te estás una hora en la calle....

—Mira, por tí lo hago, que á mí no creas que me gusta estar hecha un pendon en la calle.... por eso tengo muchas ganas de que cumplas y me cumplas la palabra, para estar siempre en casa....

—Vaya, chica, me voy....

—Pues adios; ¿mañana vendrás?...

—Mañana entramos de guardia en la fábrica de cigarros.

—¡Como te gusta ir de guardia allí!

—Sí, como que todo el día estamos fumando puro... ni un cigarro me han dado nunca.

—Pues adios, que pienses en mí.... Mañana tendremos conejo de principio, que hoy se lo han regalado de la Casa de Campo al señorito.... Ya te traeré de lo mejor, aunque me lo quite yo de la boca....

—De tus amos.... Adios, Pepa, indina, á ver cuándo lavas, que tengo que darte ropa....

—El lunes iremos al rio, si quieres, Adios, José, que te acuerdes de mí en la guardia.

—¡Eh, Pepa!

—¡Jesús! no le habia visto á V.

—Yo á V. sí la he visto con un militar.

—Es mi hermano.

—Por muchos años. Pues hoy no hemos salido con el coche, como se ha muerto el tio del señorito, y vine á ver.... á que hablásemos.... yo la quiero á V. desde que entró V. en esa casa, porque como vivo enfrente, y la veo á V. entrar y salir, vamos, que uno se acostumbra.... y siempre estoy pensando en V.

—Todos dicen lo mismo.

—Pues yo soy así.... y dije; se lo voy á decir... y si quiere comprometerse conmigo....

—Mire V., á mí no me gusta pasar tiempo.

—A mí tampoco.... Ya ha podido V. conocer que soy hombre formal.... ya ve que siempre estoy en la cuadra, al cuidado de los caballos del amo....

—Pues yo.... si V. dice que me quiere....

—Sí, señora, mire V., el año pasado hablaba conmigo una niñera, y se mudó, y se comprometió con

un guardia civil, y yo, por quitarme de ruidos, ni siquiera la eché en cara la partida que me habia hecho, y desde entónces no he vuelto á hablar con ninguna; pero desde que la he visto á V.... ¿V. no habla con nadie ahora?

—Nó, señor, á mí no me gusta, como á otras, hablar con dos ó tres... Hay mil compromisos.

—Pues lo dicho, yo si V. quiere... ¿Quiere V. tomar café?

—Muchas gracias; voy á subir á casa, que me ha enviado la señorita por un seso de cerdo para el amo, y aquí se lo llevo.

—Pues ande V., el café esta allí enfrente.

—Me van á reñir.

—Ande V., que tengo gusto en gastar uua peseta con V.

—Muchas gracias... Ya corresponderé otro dia.... ¡Jesús! ¡y vengo con el pañuelo á la cabeza!

—Tambien va V. á tomar una copita.

—¡Ay! eso nó... se me arden las tripas cuando bebo.

—¿Y á qué hora nos veremos por las noches?

—Mire V., yo todas las noches salgo, y cuando vea usted que se va ese militar que ha visto V., que es mi hermano, entónces hablaremos.

—Mañana vendrá su hermano de V. al café con nosotros.

—¡Ay! nó, señor, no quiere que tenga yo novios, y dice que en viéndome con uno me envia al pueblo.

EN LA CALLE DE LA PASA (DONDE ESTA LA VICARÍA).

—En esta casa, en esta fué donde mi mujer, y mi

suegra, y los testigos firmaron mi sentencia de muerte.... Más me valiera no haber nacido.... En este establecimiento quedó establecida mi mujer, y yo desposeído para siempre de mi autonomía, de mis derechos, de mi dignidad.... Por las noches salgo á pasear por las calles de Madrid, miétras mi mujer está de tertulia en casa de su madre, y luego á las diez voy á buscarla como si fuera un lacayo.... Esa pareja que acaba de pasar á mi lado, se arrulla que es un gusto.... Ella apoyada en el brazo de él.... él mirándola á ella y cogiéndole la manita.... ¡Ya te costará cara esa manita!... Yo tambien me derretia y convertia en manteca de Flandes cuando la que es hoy mi mujer me daba la manita... Pero luego que me dió la manita en esta casa, al mismo tiempo que sacó la mano del manguito, sacó los piés de las alforjas... ¡Qué mujer! la mia no es mujer, es un lobanillo que me ha salido en la voluntad, y en el entendimiento, y en el bolsillo... No hay dinero que la baste; ¡y si me gastara solo dinero, y no me gastara el humor y la paciencia!.. En fin, ¡cómo ha de ser! Adios, calle de la Pasa, el paso que dí cuando me detuve en tí fué un mal paso, y por aquel paso, pasan hoy por mí carros y carretas, y estoy pasando las penas del Purgatorio.

EN LA CALLE DE LOS ESTUDIOS DE SAN ISIDRO.

—Mira, Cármen, por tu bien te lo digo, no me vuelvas á hablar con ese hombre, porque nos va á costar caro á los tres.

—A mí no me costará nada, porque soy *probe*.

—Es que yo tengo malas pulgas.

—No he oído decir nunca que las pulgas sean buenas.

—No te rías, ó te pego una bofetada que te salto las muelas.

—¿Tú á mí?... ¿Quiere V. callar?...

—¿Por qué hablas con ese hombre?...

—Porque él habla conmigo, y yo cuando me hablan contesto, y no sé cómo te vienes con tanto fuero.... No parece sino que te debo algo....

—Las mujeres han de tener vergüenza y palabra.

—Lo que es la palabra, la tengo yo bien *espidita*.

—Si te vuelvo á ver con ese hombre, te deajo seca...

—Seca estaria yo si hubiese aguardado á que V. viniera á engordarme.... Seis semanas hace que si no fuera porque yo me gano la vida honradamente en la *frábica*....

—Como no tengo trabajo....

—Tú no tienes trabajo nunca.

—En fin, no quiero que hables con ese hombre.

—¿Eres tú mi marido?

—No lo seré porque tú no quieras, que yo...

—¿Ya lo creo, para que te mantuviera!.. ¡Vaya una *preposicion*!

—¿Cármén!... ¡calla! ¿quien es este *cabayero*?...

—¡Hola! señor José.... este es....

—Buenas noches, señor José... Yo le diré á V.... yo no quiero faltar á nadie; pero Cármén ya sabe V. que habla conmigo...

—Y como me ha visto con V., dice, señor José, que si fué que si vino, y que va hacer y acontecer.

—¿Y qué vas á hacer, *chavó*?..

—¡Yo!... mire V., señor Jose, yo no le faltó á V.... ¿está V?... yo le decia... en fin, como á mí me ha querido ..

—¿Pues no has dicho ahora que ibas á hacer qué sé yo qué al señor José?...

—¡Hombre! cuando uno está acalorado.... A mí no me gusta faltar á nadie.... El señor José es una persona que ¡vamos!... como tú no me habias dicho nada....

—Pues hijo, ya lo ves, ahora hablo con el señor José....

—¿Es decir que ya no te acuerdas de mí?

—Sí, hombre me acuerdo de que eres un *arrastrao*.

—Eso ya es faltar... ¿Me devolverás el pañuelo de la India que te regalé?...

—Mire V., señor José, un pañuelo de la India de á peseta.

—Me darás las dos camisas que tienes mias para repararlas.

—Mira, á la *señá Grigoria* se las dí anoche, que tuvo que poner sanguijuelas á su marido salva la parte.... Tú me devolvérás el tabaco que te has fumado á mi costa, la corbata que te compré el día que fuiste á hablar de política no sé dónde, y el tiempo que me has hecho perder....

—Ya lo ve V., señor José, cómo me busca la lengua....

—Y tú me buscas á mi la mano, que te voy á quitar los dientes con estos cinco.

—Señor José, yo á V. no le quiero faltar.

—Entónces es otra cosa.... ven con nosotros, que

vas á tomar una copa que te pago yo... y luego.... la del humo.

—Señor José, yo siempre le he tenido á V. por una persona, vamos, por un hombre formal, y ya que Carmen me ha hecho esa mala partida, mejor quiero que sea con V. que con otro....

—Vamos, vamos, yo pago esta noche, que esta mañana le he vendido al baron de la Gaita una yegua *ingresa* en 6,000 riales, que en cuanto la ponga en el *tilburin* que tiene, se le queda *espatarrá* en mitad del Prado.

—Pues vamos allá, señor José.... Chica, tan amigos como de ántes... Has hecho bien, el señor José es más *cabayero* y... Diga V., señor José, ¿podrá V. prestarme un duro hasta mañana?...

EN LA CALLE DEL PRÍNCIPE.

—Caballero, una butaca de cuarta fila, por su precio.

—¿Quiere V. un palco principal?...

—¡Eh! que viene allí el inspector.

—Déjale que venga.... Lo que es hoy.... ¿cuándo quitarán esa comedia?...

—Lo que es ese autor no da dinero.

—¿Qué ha de dar, hombre?... En cuanto ví yo que anoche le llamaban ya en la primera escena, dije:— «Malo me pongo.»

—Eso, sí, seis veces le llamaron.

—¡Tóma! como que tenia todo el teatro por suyo.

—Llevamos un año de teatro....

—¡Ya, ya! ¡para que vuelva yo á tomar veinte butacas de abono!...—Caballero, una butaca buena, que en el despacho no las hay.

—Luego, hoy ya no saben escribir comedias.... La gente quiere divertirse.... Más gané hace dos años con *Los polvos* que el año pasado con la Patti....

—Dí, tú, *Pájaro*, ¿sabes si viene la Patti?...

—Nó, chico, este año no hay más que medias cucharas....

—Mujer, por María Santísima, no te pares tanto en las tiendas.

—¡Toma! déjame, quiero ver las cosas que hay.... ¡Mira, mira, qué salida de teatro!

—Lo que yo quisiera era la entrada de balde, que luego de cualquier manera se sale.

—Mira un abrigo igual al que se ha comprado Pilar... Y decia que no habia otro igual en Madrid, que era el que habian traído de modelo.... Mira, mira, todo igual, con pasamanería y azabaches.... y la borla.... nó, la borla es más larga.... ¿no te parece que es la borla más larga?...

—Sí, hija, sí, es más larga, mucho más larga, tiene tres varas más....

—¡Jesús! ¡qué exagerado eres!

—Vamos, hija, sigamos nuestro camino y no te pares otra vez, por Dios te lo pido.

—Vamos.... ¡ay! mira; ¡qué pendientes tan bonitos!... Y no deben ser caros.... ¿quieres que entremos á preguntar?... ¡Ay! ¡qué sortija tan mona!...

aquel guardapelo sí que debe de valer.... Tiene diez piedras.... ¿Porqué no te compras una petaca de plata?... Todo el mundo la tiene.

—Pues por eso mismo.... ¿Pero hija, no tienes frío?...

—Ven, ven aquí.... aquí es donde compra la tela para camisas doña Teresa.

—Hija, creí que me llamabas para que viera á algun personaje.

—¡Hombre! ven, mira qué parecida está la Emperatriz.... Mira, y está con Garibaldi....

—Vaya, hija mia, dame el brazo, cierra los ojos y agárrate bien, porque ya no nos detenemos hasta que nos acostemos.... Si los abres y miras á alguna tienda, no vuelves á salir conmigo.

—¡Vaya, que eres un marido complaciente!

EN LA CALLE DE ATOCHA.

—Siempre te encuentro en esta calle.... ¿A qué vienes por aquí desde tan léjos?... Desde tu casa, calle de los Dos Amigos, hasta aquí, hay un paseo.

—Pero hombre, vengo á pasearme nada más, á estirar las piernas y respirar el aire, á olvidarme de mi estado....

—Ya sé que no estás muy adelantado; pero ¿por qué vienes todas las noches á esta calle?

—Porque esta es una de las calles más oscuras de noche, una de las calles donde más se economiza el alumbrado.... y además, en esta calle no vive ningun inglés.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Estás encargado de formar el empadronamiento en esta calle?

—Nó, hombre, quiero decir que aquí no vive, que yo sepa, ningun acreedor mio, y por eso puedo pasear por ella libremente, que de dia ni por esta ni por ninguna me atrevo yo á andar, á no ser en Carnaval, que me visto de moro para salir á tomar el sol, que no lo tomo tiempo hace.

—¿Tienes muchos acreedores?

—Innumerables, como los mártires de Zaragoza.... Antes salia de dia, pero era no poder vivir; parecia que los iba llamando, me los encontraba uno tras otro; por más cuidado que ponía en no pasar por las calles donde vivían, siempre me olvidaba de alguno, y en las calles más extraviadas y solitarias me acometían.... Tuve muchos disgustos; unos me amenazaban, otros me decían muy alto que les había arruinado, las patronas que he tenido en mi larga carrera se echaban á llorar, y me decían de modo que todo el mundo lo oía que las había perdido, y la gente se me quedaba mirando, y ya me conocían los guardias civiles, y me cansaba de inventar para uno una excusa, para otro una promesa, para otro una súplica, para otro una historia de amor, para otro una conspiración política en la que fingía tener mi dinero y mi esperanza, y para todos mentiras humillantes....

—¿Por qué no trabajas y sales de esa situación?

—Ya trabajo, esperando diez años hace que me devuelvan mi empleo, trabajo en componer versos para los pliegos de aleluyas.... ¡Me dan 20 reales por pliego!... Vivo mal, pero vivo, gracias á mi encierro de

dia.... ¡Bendita sea la noche, que me permite salir y no pudrirme en casa! Pero nó, ¡bendito sea el día también, y maldita mi mala conducta anterior, que es la causa de verme reducido á tal extremo!

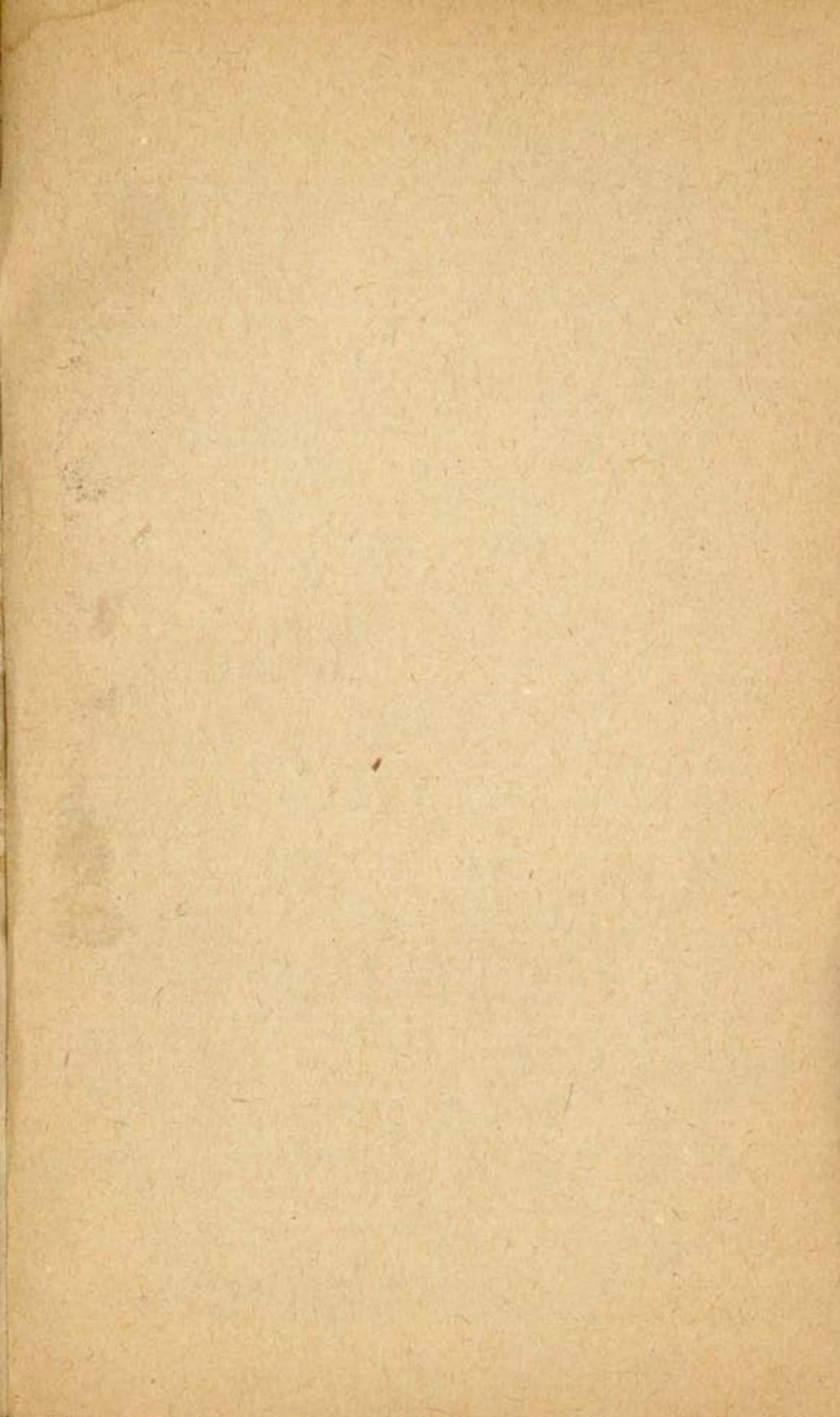
FIN DE COSAS DE MADRID.

INDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
La fonda.	5
La Cuaresma.	15
Historia de una pieza de dos cuartos.	25
El buzón del correo.	33
¡Recibir!	41
Historia de un billete de Banco.	50
Saber vivir.	68
Subir.	72
La risa y el llanto.	78
La feria.	84
Inocentes.	89
Un ochavo de filosofía.	100
Los empleos.	105
Los cocheros.	113
El escándalo.	148
La Noche-Buena del demonio.	155
Los vivos y los muertos.	172
Los pobres en la puerta de la iglesia.	178
El espíritu de la época.	187
La Vicaría.	196

	PÁGINAS.
El paraiso del Teatro Real.	217
San Isidro	224
El premio grande.	232
Los transeuntes.	238
Debilidades humanas.	245
Los vagos.	264
Los amigos del Presupuesto.	271
Un sueño.	279
Callar.	289
Diálogos nocturnos.	296

Presupuesto





1052536



164 7 104566 1201